

La flor de Lulalay

Versión libre de
JAIRO RODRIGUEZ ROSALES¹

RESUMEN

Este cuento, La Flor de Lulalay, es una versión que escuché de esta narración cuando yo era un niño de siete años de edad.

ABSTRACT

This short story, La Flor de Lulalay (*Flower of Lulalay*), is a version that I listened about this narrative when I was a seven years old child.

KEYWORDS

- Short story (*Cuento*)
- Nariñense literature (*Literatura nariñense*)
- Folk Narrative (*Narración popular*)

1. Profesor del Departamento de Humanidades y Filosofía de la Universidad de Nariño. Centro de Investigaciones Panamazónicas -CIPAN- IADAP.

*Contempla a tu gente, contempla tu vida.
No es casual que este consejo sea el mismo entre
los grandes curanderos y los grandes escritores.
Contempla la realidad que vives tú mismo.
La clase de cuentos que se encuentran
ahí no pueden proceder jamás de los libros.
Proceden de los relatos de testigos directos.*

Clarissa Pinkola Estés

*“Lo que habéis aprendido escuchando
las palabras de otros lo olvidáis rápidamente.
Lo que habéis aprendido con la totalidad de vuestro
cuerpo, lo recordaréis toda vuestra vida.”*

Funashoki Gishin (citado por Faulliot, 1988. p. 139)

*A los abuelos
Portadores de la palabra, la sabiduría
y la magia ancestral de la Tierra y del Universo.*

Erased una vez un Rey que vivió en algún lugar de las vastas tierras de Abya Yala; sufría de una grave enfermedad que primero afectó sus ojos, de tal suerte que no podía ver lo que sucedía en su palacio ni en las extensas tierras que abarcaban su reino.*

Uno de sus colaboradores sugirió que debían convocar a los mejores médicos del mundo para que visitaran al Rey y de esta manera poner remedio a la terrible enfermedad que lo debilitaba cada día más.

Así que, de un día para otro, fue necesario hospedar a los más afamados médicos que llegaron de diferentes y lejanos lugares, médicos que, nada más ni nada menos, habían sido titulados por las mejores universidades y que deslumbraban a sus pacientes por la cantidad de títulos que colgaban en las paredes de las frías salas de espera.

Llegaron tantos médicos y de tantos lugares que fue necesario hospedarlos por varios días y hacer una lista en orden alfabético para que todos y cada uno tuviera tiempo suficiente para ver al Rey.

Después de una larga jornada, todos y cada uno de los médicos vieron al Rey pero extrañamente ninguno de ellos podía determinar exactamente qué tipo de enfermedad era la que lo martirizaba y conducía lentamente a la muerte. Ninguno de ellos supo recetar un remedio que pudiera siquiera aliviar su sufrimiento.

Los días pasaban y el desconsuelo se apoderaba de sus familiares y amigos. Todos veían como se apagaba la llama de

(*) La primera vez que escuché este cuento tenía menos de siete años; sentado alrededor del fuego, cuando la noche nos cobijaba con su inmensidad y misterio. Recuerdo al abuelo Ángel manteniendo nuestra atención con el aliento de sus palabras y sus gestos borrosos en la oscuridad. Desde aquel entonces La flor de Lulalay ha estado en mi corazón; silenciosa, vigilante, regalándome su sabiduría. Ahora lo escribo para que después de leído puedas llevarla en tu corazón y para que no olvides que el inmenso poder de curación está siempre en nuestro interior. Quizá la palabra selva y su inmenso poder de curación no está lejos de ti.

la vida del mejor Rey de todos los tiempos y que sabía gobernar con sabiduría y justicia. Todos querían al Rey porque en sus palabras y en sus actos leían los pensamientos y los sentimientos puros de un hombre que entrega su vida pensando sólo en hacer el bien para que la armonía reinara en cada uno y desde cada uno de ellos para con el resto de integrantes de la comunidad: hombres, animales, plantas, montañas, ríos y cascadas.

Largos días de silencio e inquietud se apoderaron del palacio y de sus habitantes entristecidos, quienes rodeaban al Rey sin poder hacer absolutamente nada para poder ayudar y salvarle la vida. Pero sucedió un día que, muy temprano, cuando el alba deja ver aún la Estrella del Amanecer, llegó hasta las puertas del palacio un anciano que más que nada parecía un pordiosero, vestido con harapos, con los pies descalzos y que pedía que le permitieran ver al Rey. Los guardias, por supuesto, se opusieron desde el primer momento; nunca antes habían visto a este extraño personaje.

Fue entonces cuando el Rey, que siempre permanecía atento a todo lo que sucedía en su entorno, escuchó el murmullo de voces. Informado de lo que sucedía por una de las personas que lo atendía y cuidaba, el Rey pidió que dejaran pasar al anciano.

El anciano —que a propósito y como ya dijimos nadie sabía de dónde venía, nadie lo conocía, era extranjero en el pleno sentido de la palabra, viajero, nómada, caminante incansable— se arrodilló con humildad ante su majestad y sin vacilar un solo instante vio y supo cuál era la enfermedad y con qué remedio podía curarse.

Entonces, con la seguridad del sabio médico que conocía los secretos de las Plantas Sagradas, dijo, sin esperar más, que el Rey se curaría sólo si era posible encontrar la Flor de Lulalay, sólo que hacía una aclaración: solo la persona pura y limpia de corazón podría encontrarla.

Esta maravillosa flor —según decía el anciano— poseía la fuerza sanadora de miles de plantas reunidas en una sola, era

el fruto de miles de millones de años de alquimia, producto del entrecruzamiento y mezcla de fuerzas y energías de diferentes plantas curativas, de los dorados rayos de luz del amanecer, y alimentados por la luz de la luna llena, las caricias del viento fresco que baja de las altas montañas, arrullado por el canto de los pajaritos, la ternura de la Pachamama, la voz y la sabiduría milenaria de ríos y cascadas. En todo caso, una flor salvaje con toda la hermosura de lo indomable y con toda la fuerza del color para poder compartir su perfume y su rayo de luz curativo.

El Rey solicitó la presencia de sus tres hijos, a quienes inmediatamente les contó de la visita del anciano sabio y de la maravillosa flor. Fue entonces cuando el hijo mayor sugirió que a quien encontrara la Flor de Lulalay, y como premio a su hazaña, lo nombrara en uno de los cargos más altos del gobierno.

El hijo mayor, que siempre había ambicionado ocupar un cargo importante dentro del reinado, se propuso como candidato para ir a buscar la mencionada flor. Así que ordenó a la servidumbre le preparara abundantemente sus platos preferidos y un buen equipaje; salió, despidiéndose de su padre y de sus dos hermanos menores, afirmando que regresaría con la Flor de Lulalay.

Ya en el camino, sólo un pensamiento se apoderaba de él y se imaginaba ocupando el puesto que siempre había soñado; quizá desde allí sería fácil ser el próximo Rey. Iba tan enceguecido por la obsesión del poder —el poder actuaba como una droga— que ni siquiera miraba a su alrededor. Se imaginaba dando órdenes, rodeado de esclavos y servidumbre. La arrogancia del ambicioso lo hacía olvidar por completo que su viaje tenía como propósito encontrar la Flor de Lulalay, así que se fue por los caminos sin darse cuenta que poco a poco se internaba en un laberinto del que le costaría salir; caminaba sin saber para dónde iba ni qué buscaba.

Uno de esos días pasó por un lugar donde una limosnera imploraba la caridad de los transeúntes, pero el joven ni siquie-

ra se dió por enterado; antes, por el contrario, prefirió tirar algunos alimentos a los perros que ladraban a su paso y siguió su camino; su arrogancia no le permitía ni siquiera preguntar; es más, no sabía preguntar ni tratar con gente humilde.

No se sabe cuántos días y semanas pasaron. Lo cierto es que no sólo el Rey estaba preocupado, pues nadie en el palacio ni en ninguna parte oía noticias de su hijo mayor. Ante la situación y tratándose de su hermano mayor, el que le seguía en edad y que, entre otras cosas, era amigo y cómplice de muchas aventuras del mayor, decidió salir en busca de su hermano y de pronto a ver si encontraba la Flor de Lulalay. Mientras tanto las cosas en el palacio empeoraban; ahora ya no sólo se trataba de la salud del Rey, también la preocupación por el hijo empeoraba las cosas.

El segundo hijo del Rey salió del Palacio —y se parecía mucho a su hermano mayor—, muchas veces habían planeado, aunque fuera en juego, cómo se repartirían el poder para gobernar a sus anchas, sin tener que obedecer a nadie más. Tenía la misma manera de pensar y se había convertido en la sombra del hermano mayor, así que en el viaje no hizo otra cosa que dejarse llevar por la azarosa idea de ocupar el puesto que su padre había ofrecido al que encontrara la Flor de Lulalay. Indiferente al sufrimiento y la pobreza que encontraba en su camino, también pronto olvidó que su padre sufría y que necesitaba con urgencia el remedio que sólo la Flor de Lulalay podría brindarle.

Así pasaron muchos días y semanas. Nadie tenía noticias de los dos jóvenes hijos del Rey, que se perdieron por los caminos. Nadie daba razón de ellos. Nadie los había visto. Era como si la tierra se los hubiera tragado.

Ante esta situación, que desesperaba a todos en el palacio, el último de los tres hijos, el menor, pidió permiso a su padre para ir en busca de la Flor de Lulalay. Se provisionó de un ligero equipaje, algunas tortillas de maíz, hojas de coca para calmar el cansancio y el hambre, recibió la bendición de su padre y empezó a caminar con el firme propósito de encontrar la Flor de Lulalay.

Recorrió caminos que nunca antes había visto, vió los más hermosos paisajes, montañas, flores y frutos, todo le parecía maravilloso y agradecía a la Pachamama y al Tata Inti esta grandiosa oportunidad que tenía de vivir una de sus experiencias realmente transformadoras y que le hacían entender la sabiduría del corazón; escuchaba la sabiduría de todas las cosas del universo, tenía tiempo de escuchar la dorada voz de las estrellas que en las noches de cansancio y de soledad lo acompañaban y lo acariciaban, dándole así fuerza para seguir adelante en su propósito. Todo hablaba, porque todo estaba vivo, y a su paso todos salían con mensajes de ánimo y de cualquier manera lo fortalecían. El canto de los pájaros era una hermosa sinfonía de la naturaleza que no sólo alegraba su corazón y le curaba de la tristeza y el desaliento sino que sentía que para caminar era preciso aprender a danzar, que la vida era una fiesta y que todos estábamos aquí para agradecer el regalo de la vida danzando, cantando, porque sólo de esta manera era posible conectarse con el universo entero, sólo así se armonizaba con todas las fuerzas del cosmos.

Lo más duro de todo era vencer el cansancio, el sueño, el hambre, pero nunca se sintió solo y no le faltaba casi nada. Así que iba por los caminos y a todo aquel que encontraba le preguntaba por la Flor de Lulalay. Nadie daba una respuesta favorable, muchos ni siquiera habían oído hablar de aquella flor y no creían lo que contaba, así que para muchos no pasaba de ser un loquito nómada que no tenía ni siquiera familia.

Así que un día a la orilla del camino encontró a una viejecita que mendigaba un pedazo de pan; mientras compartía su alimento pudo hablar y sentir que había una persona que lo escuchaba con el corazón abierto y que estaba dispuesta a ayudarlo en lo que fuera necesario. Le contó que su padre era Rey de un vasto lugar y que una enfermedad lo tenía ciego y a punto de morir. Luego le comentó el motivo de su viaje, encontrar la Flor de Lulalay. Esa noche descansó porque ya no tenía tantas cosas en la cabeza y en el corazón que quedó aliviado; al otro día al despertar, y mientras saboreaba un delicioso desayuno porque hacía rato que no lo hacía, recibió

de labios de la anciana mujer lo que estaba buscando, la noticia de que ella sabía dónde se encontraba la Flor de Lulalay. Le agradeció su ayuda y se abrazaron como se abrazan una madre y un hijo, con la pura fuerza del corazón, y se despidieron.

Ahora sabía dónde encontrar la Flor de Lulalay —sólo crece en las profundidades de la selva y florece solo a la media noche, le había dicho la abuela—. Pero todavía le quedaban días de camino, sueño, cansancio, vencer muchos enemigos, entre los cuales el miedo era el más grande; sí, el miedo, que cuando se apodera de una persona es capaz de paralizarla mental y físicamente, ese miedo que trataría de impedirle el paso, ese miedo que muchas veces no deja vivir, que no deja experimentar, ese miedo que no deja saborear la vida, ese miedo que se convierte en una carga pesada y que impide movernos libremente por la vida. El miedo era natural; en la selva donde se encontraba la Flor de Lulalay lo esperaba un mundo desconocido y peligroso. Pero, una vez sacó el miedo de su cuerpo, una vez que desaprisionara su corazón de las ataduras del miedo, que dejara volar en libertad su pensamiento y su imaginación, las cosas fueron cambiando de color, veía los colores más vivos, los sonidos de la selva, antes que asustarlo, lo acompañaban en su danza de guerrero y así se internaba alegremente al lugar donde su corazón le decía que se encontraba la Flor de Lulalay.

Sin miedo, sin cansancio, sin hambre y sin sueño, llegó a un lugar donde sentía una energía que atravesaba su cuerpo y su corazón, era una música inaudible, imperceptible que aceleraba el sonar del tambor de su corazón y por primera vez sintió que la Flor de Lulalay estaba cerca, muy cerca, tan cerca que decidió seguir la música que entonaba el tambor ancestral de la selva, que era el tambor de su propio corazón que inmediatamente le hizo ver una realidad para él desconocida, esa realidad que sólo es posible ver y conocer si se tiene un corazón puro y limpio como el de un niño, fue un momento de éxtasis en el que pudo ver y sentir que la vida misma era una inmensa flor de variados colores, fragancias y

perfumes, la vida era esa flor que se busca por los caminos, esa flor que muchas veces se pisotea y maltrata porque se anda enceguecido y porque siempre se ambiciona el poder para destruir al otro.

Así que, en medio de esa música exquisita y esa danza ancestral que lo hacía volar en su selva interior, vio como frente a sus ojos se presentaba la más hermosa flor que jamás hombre alguno hubiese visto, era la Flor de Lulalay que reunía los perfumes y fragancias de todas las flores de la selva; su presencia salvaje tomó la forma de una hermosa princesa que lo acompañaba en su danzar.

Ahora sabía por qué la Flor de Lulalay era tan poderosa; desde ese momento, después de vivir esa experiencia, fue otro, el encuentro lo transformó, una sabiduría salvaje y milenaria se apoderaba de su corazón, ahora sentía su cuerpo y se maravillaba de todas las fuerzas que lo atraviesan y lo hacen vivir en el devenir permanente. Agradeció a la Pachamama, al Tata Inti y lloró, lloró de alegría porque ahora su padre sí estaba a tiempo, aún podía no sólo recuperar la luz de sus ojos sino que recobraría la fuerza y la energía que le permitieran vivir muchos años más para seguir gobernando con bondad y sabiduría.

Antes de empezar su camino de regreso, la Flor de Lulalay se metió en su corazón para que así nadie pudiera estropearla ni hacerle daño y llegara al palacio con toda la fuerza que precisaba para curar a su padre.

Ahora ya no caminaba, volaba como un pájaro de la selva, otras veces corría como un jaguar, otras veces era invisible a los ojos de cualquier humano, era como el viento, a veces como los mismos rayos del sol, hasta que salió de la selva y de nuevo con la forma humana caminaba lentamente por los caminos que lo conducían de nuevo a su casa.

Pero sucedió que en un cruce de caminos, ocultos tras los matorrales como dos asaltantes, aparecieron los dos hermanos mayores que habían oído que andaba por la selva buscando la Flor de Lulalay; con toda la inocencia y la alegría les dijo

perfumes, la vida era esa flor que se busca por los caminos, esa flor que muchas veces se pisotea y maltrata porque se anda enceguecido y porque siempre se ambiciona el poder para destruir al otro.

Así que, en medio de esa música exquisita y esa danza ancestral que lo hacía volar en su selva interior, vio como frente a sus ojos se presentaba la más hermosa flor que jamás hombre alguno hubiese visto, era la Flor de Lulalay que reunía los perfumes y fragancias de todas las flores de la selva; su presencia salvaje tomó la forma de una hermosa princesa que lo acompañaba en su danzar.

Ahora sabía por qué la Flor de Lulalay era tan poderosa; desde ese momento, después de vivir esa experiencia, fue otro, el encuentro lo transformó, una sabiduría salvaje y milenaria se apoderaba de su corazón, ahora sentía su cuerpo y se maravillaba de todas las fuerzas que lo atraviesan y lo hacen vivir en el devenir permanente. Agradeció a la Pachamama, al Tata Inti y lloró, lloró de alegría porque ahora su padre sí estaba a tiempo, aún podía no sólo recuperar la luz de sus ojos sino que recobraría la fuerza y la energía que le permitieran vivir muchos años más para seguir gobernando con bondad y sabiduría.

Antes de empezar su camino de regreso, la Flor de Lulalay se metió en su corazón para que así nadie pudiera estropearla ni hacerle daño y llegara al palacio con toda la fuerza que precisaba para curar a su padre.

Ahora ya no caminaba, volaba como un pájaro de la selva, otras veces corría como un jaguar, otras veces era invisible a los ojos de cualquier humano, era como el viento, a veces como los mismos rayos del sol, hasta que salió de la selva y de nuevo con la forma humana caminaba lentamente por los caminos que lo conducían de nuevo a su casa.

Pero sucedió que en un cruce de caminos, ocultos tras los matorrales como dos asaltantes, aparecieron los dos hermanos mayores que habían oído que andaba por la selva buscando la Flor de Lulalay; con toda la inocencia y la alegría les dijo

emocionado: hermanos, nuestro padre se curará, encontré la Flor de Lulalay. Pero como las intenciones de los jóvenes no eran sino quedarse en el poder para gobernar y como no veían la flor por ninguna parte, obligaron a su hermano menor a que les dijera dónde estaba esa flor. Cuando lo supieron, no dudaron en abrir una profunda herida en el pecho y del centro del corazón sacaron la Flor de Lulalay, que resplandecía como un pequeño y dorado sol de la selva. Dejaron tirado el cuerpo a un lado del camino, a la orilla de una quebrada, de tal manera que las plantas ocultaban su cuerpo.

Regresaron al palacio, entregaron la Flor de Lulalay al anciano —que ahora se había convertido en el médico de cabecera— quien la recibió e inmediatamente la pasó delante de los ojos del Rey que sintió una fuerza que atravesaba su cuerpo y, al tiempo que lo curaba, lo fortalecía, su corazón se rejuvenecía y su mente se despejaba; entonces pudo ver nuevamente que la vida lo maravillaba, que la vida era realmente maravillosa.

Pero sucedió que un día por aquel lugar donde había quedado tirado el cuerpo sangrante del muchacho pasaba un pastor que cuidaba sus llamas y vio con sorpresa que había crecido una planta; él, que conocía la montaña como la palma de su mano, sabía perfectamente que esa planta nunca antes había estado allí, así que se acercó y mientras la contemplaba imaginó un instrumento fabricado con el tallo de esa planta —dice la leyenda que de ese encuentro nacieron los instrumentos de viento, tan importantes en la cultura de las comunidades andinas de Sudamérica—. Tomó un tallo de la planta y llevándosela a los labios para hacerla sonar y alegrar su corazón, escuchó un canto triste que surgía de la pequeña flauta, que decía:

Pastorcito, pastorcito

No me toques ni me dejes de tocar

Mis hermanos me mataron por la Flor de Lulalay.

El pastorcito, que había escuchado que el hijo menor del Rey estaba perdido, inmediatamente supo en su corazón que

algo tenía que ver con él, así que salió en dirección al palacio donde solicitó ver al Rey; una vez en su presencia y sin decir palabra entregó la pequeña flauta en manos del Rey y dejó escuchar su triste canción:

Padrecito, padrecito
No me toques ni me dejes de tocar
Mis hermanos me mataron por la Flor de Lulalay.

El padre, como queriendo no entender lo que sucedía, ordenó que llamaran a sus hijos mayores, que se preguntaban para qué los llamaban con tanta urgencia pero, una vez allí, frente a su padre y cuando recibieron la pequeña flauta, empezaron a entender lo que sucedía:

Hermanitos, hermanitos
No me toquen ni me dejen de tocar
Ustedes me mataron por la Flor de Lulalay.

El Rey, que ya no necesitaba ninguna explicación, pidió al pastorcito que lo llevara al lugar donde había encontrado esa planta; así que, acompañado de sus asesores más cercanos y del anciano médico, llegaron al lugar donde, al ver la hermosa planta de un hermoso tallo y de un color verde esmeralda, pidió que desenterraran la planta para sembrarla en el jardín del palacio. Lo asombroso de esta situación es que, cuando intentaron desprender las raíces de la planta, vieron que se adherían al cuerpo del muchacho y se alimentaban de su propia sangre.

El anciano médico, que llevaba en sus manos la Flor de Lulalay, sólo necesitó acercarla un poco al cuerpo que dormía profundamente como si estuviera muerto; la Flor de Lulalay era inmensamente poderosa, en ella se había desarrollado el poder de curación de la selva entera, allí estaba el poder curativo de la Madre Tierra.

Así que el anciano sólo necesitó pasarla cerca al cuerpo para ver cómo se levantaba de su lecho y con la alegría del que amaba profundamente a su padre dijo sus primeras pala-

bras: Gracias a la Selva y a la Flor de Lulalay estás vivo, Padre; Gracias a Pacha Mama.

Padre e hijo se abrazaron sintiendo el uno y el otro que los unía el amor profundo que sólo puede brotar de dos corazones limpios y puros como de dos manantiales de agua transparente que se alimentaban el uno al otro.

Mientras esto sucedía –dice la leyenda– en medio de la confusión que provocó la alegría del re-encuentro desaparecieron los hijos mayores del Rey, por eso anda suelta la ambición y las ansias enfermizas que generan la droga del poder. Dicen también que desafortunadamente desapareció la Flor de Lulalay. Por eso hay muchos hombres que la siguen buscando, no sólo para sanar sus corazones sino para combatir enfermedades tan terribles de la humanidad como el odio, el rencor, el resentimiento, la envidia y la venganza.

Querido lector, quizá tú seas uno de esos hombres que busca la sagrada Flor de Lulalay, Planta Maestra, fuente de sabiduría y sanación.

Piedra Ancha, Equinoccio de Invierno del 2004